

Francisco Hernández, Protomédico de Felipe II. Su obra

2a. parte

Carlos Viesca Treviño, Facultad de Medicina, UNAM

La obra escrita de Francisco Hernández responde con creces a las intenciones que le guiaran durante su vida. Humanista, médico, científico, explorador, no podía faltar en él el hombre de letras. Su vasta obra abarca múltiples campos, entre los cuales los más importantes son los de la historia natural y el de la medicina, aún cuando casi todos los textos correspondientes a esta última área se han perdido y lo restante se halla incluido en los primeros, cuya parte principal se refiere precisamente a la materia médica. La filosofía, la historia, la religión, la geografía están presentes también.

Desgraciadamente y como es relativamente frecuente con obras de gran mérito y longitud mayúscula fue un rotundo fracaso editorial. Ninguna de sus obras pasó más allá del manuscrito en vida del autor y algunos no vieron la luz pública hasta la edición completa publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1959 y 1985, haciendo justicia al monumental empeño y a la talla intelectual de su autor.

Escritos de juventud.

La voluminosa y variada obra de Hernández se inició desde temprana época de su vida con su estudio sobre la flora medicinal de Andalucía, en el que reunía la información y clasificaba la materia médica colectada por él mismo en compañía del ilustre cirujano Juan Fragoso. Este trabajo, hoy perdido, fue llevado a cabo poco tiempo después de haber egresado de la Universidad de Alcalá de Henares.

Obra de juventud, de la que no han sido bien precisadas las fechas entre las que fue escrita, en su traducción al latín del poema griego de Nicandro de Colofón sobre la **The-riaca**, latinizado a **triacca**, en el que el autor hace el panegírico de los inmensos beneficios que dicho compuesto medicinal había, a su parecer, otorgado a la humanidad. Existe noticia de que, entre 1558 y 1562, escribió un **Tratado de medicina con comentarios a las obras de Galeno**, acerca del cual no dispongo de otros datos.

Los escritos filosóficos.

Muestra de su inquietud intelectual y de su amplitud de miras son sus **Compendios Aristotélicos**⁸, en los que resume y desglosa algunas de sus doctrinas filosóficas con el fin —que él mismo expresa— de hacerlas más accesibles y comprensibles y de destacar aquellos puntos en que éstas son acordes con las ideas cristianas.

Poco originales en cuanto a los problemas expuestos y la forma misma de tratarlos, estas pequeñas obras de Hernández ponen en evidencia un aspecto muy importante del pensamiento renacentista que está constituido por el interés en explorar las raíces filosóficas del pensamiento cristiano en las obras de los filósofos de la antigüedad. Pico della Mirandola y Marsilio Ficino habían sido cabeza de un fuerte movimiento neoplatónico en las dos últimas décadas del siglo XV, años después, buscado un resurgimiento del aristotelismo, sobre todo en lo referente a las ciencias de la naturaleza, tras de descubrir que éstas fueron siempre el punto central del pensamiento de

Aristóteles y que, como bien lo captara Rafael en su fresco de las Estancias papales en el Vaticano, éste dirigía la mirada hacia la tierra más que hacia el cielo —diría yo el más allá—, como se había considerado durante la Edad Media. Esta visión renacentista del pensamiento de Aristóteles al lado de la versión humanista de la filosofía cristiana, tal y como se deriva del *Enchiridion...de Erasmo* —tan bien conocido en la España de entonces—, son las fuentes de donde brota el interés de Hernández, humanista en el más pleno sentido que el renacimiento confiriera a la palabra.

Estos compendios Aristotélicos comprenden cinco breves libros en cada uno de los cuales Hernández epitomiza una obra del filósofo griego: La física, los tratados sobre cielos y de generación y corrupción, la meteorología y el tratado sobre el alma respectivamente. Fueron escritos antes del viaje al Nuevo Mundo y escritos en castellano y son fundamentalmente apuntes en los que pretende concentrar lo que le pareció substancial de los textos referidos.

Estas características son plenamente compartidas por el otro Compendio, el de filosofía moral, que toma como base la *Ética Nicomaquea*.

Posteriormente, durante su estancia en la Nueva España, Hernández escribió, ahora en latín, cuatro opúsculos filosóficos más; dos de ellos a partir de las notas integrantes de los Compendios; los dos restantes versan acerca de cuestiones y problemas de la doctrina estoica, cuya importancia fuera creciente en la España de fines del siglo XVI, conforme se desvanecía paulatinamente la tradición erasmista y se formulaba, más allá del humanismo cristiano, la posibilidad de un humanismo filosófico que no por ello descuidaba lo moral. En Hernández un tema de interés primordial es la conciliación del estoicismo con el pensamiento aristotélico que formularan la filosofías natural y moral. La clave de los comentarios hernandianos es su orientación a elaborar una filosofía científica congruente con el resto de sus actividades, y es en esta óptica en la que deben ser entendidos: Hernández no es un filósofo de abstracciones, siempre es un científico.

En su estudio acerca de los intereses filosóficos de Hernández, Elsa Cecilia Frost⁵ analiza la escasa atención que presta éste a los temas propios de una filosofía cristiana, cristológica y las menciones, asimismo esporádicas, que hace de motivos del Antiguo Testamento, concluyendo que en última instancia "...su Dios es...el Dios de los filósofos y de los sabios, no el de los místicos".

Las obras históricas.

Para el humanista del siglo XVI la escisión del mundo que sus mayores habían conocido único fue motivo de admiración y fuente de inquietudes. Pueblos distintos del suyo aparecieron ante su mirada ofreciéndole narrativas que nada tenían que ver con la historia grecoromana ni con la que decían los textos bíblicos, por más que muchas veces se cayera en la tentación de buscar coincidencias y aproximaciones que permitieran a esa asombrada humanidad, en el umbral de los tiempos modernos, recuperar la unidad de los orígenes.

Hernández, en el período que vivió en México, se topó constantemente con la otra historia, la de los indios mexicanos, quienes relatan sucesos rescatados de la obscuridad de los siglos que se remontaban a míticos orígenes y aún a la creación del mundo. Vió los vestigios de otra religión y las figuras de deidades fantásticas y supo de costumbres y formas de vida propias que no debían nada a las culturas del Viejo Mundo. Su reacción fue recopilar datos y escribir lo que llegó a saber. Buscó informantes, habló con quienes llevaban mucho tiempo de vivir en el país, localizó viejas crónicas y las historias que entonces se estaban escribiendo.

Tres son las obras de este género que escribió y todas ellas fueron redactadas durante su estancia en México, muy probablemente antes de 1574, ya que de ese año data una carta en la que menciona haber escrito las *Antigüedades de la Nueva España* para ilustrar sobre esa materia a Juan de Ovando, entonces presidente del Consejo de Indias. En la más pura tradición del humanismo renacentista, los tres textos están escritos en un latín elegante.

Las obras son las referidas *Antigüedades*, distribuidas en tres libros, la descripción del templo mayor de México y una relación de la Conquista de México⁶.

Es difícil pensar, como atinadamente sostiene León Portilla, que agobiado como estaba con la recolección de materiales y la redacción de la *Historia Natural de Nueva España*, hubiera emprendido la tarea de investigar a fondo y directamente la materia. Pero tampoco es probable que hubiera aprovechado a los indígenas que le proporcionaran información sobre plantas y otros elementos terapéuticos para también preguntarles acerca de la historia y las costumbres de los antepasados, lo cual se evidencia por una buena cantidad de datos que no aparecen en las otras obras escritas entonces y por la visión indígena que se revela en algunos pasajes del libro de la *Conquista*.

El crédito de la influencia más importante en estas obras

de Hernández debe atribuirse a Sahagún, de cuya *Historia General de las cosas de Nueva España*, obtuvo capítulos enteros que se limitó a traducir al latín. Por ejemplo, el libelo completo sobre la descripción del templo mayor es traducción literal de la versión correspondiente en el apéndice II del Segundo libro de ésta, motivo por el cual fue excluido en el momento de la publicación de las obras completas de Hernández. Tomó datos de una obra, hoy desconocida, que sirviera de fuente años después a Dn. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, así como de López de Gómara¹⁷, Motolinia¹⁹ y Pomar.

Las Antigüedades de la Nueva España, dispuestas, como señalé en tres libros, comprenden, en el primero de ellos, la exposición de las costumbres así como una descripción general de las Indias y una particular de la Ciudad de México; en el segundo son descritas brevemente las características de la astrología y la medicina, el protocolo de las comidas y guardia del tlatoani mexicana, el templo de Tenochtitlan y los sacerdotes y la historia prehispánica a partir de los orígenes y los mitos cosmogónicos; el tercero, finalmente, está dedicado a estudiar los dioses, sus fiestas y ayunos.

En síntesis, la obra histórica de Hernández, aún breve y plagada de datos de segunda mano, tiene la importancia fundamental de proceder de un observador concienzudo y de que, contando con fuentes directas e informantes que conocieron las costumbres y creencias de que hablaban y vivieron, al menos parcialmente en ellas, ofreciendo un panorama de la cultura náhuatl que complementa lo dicho por otros autores. Constituye por otra parte, un serio intento de elevar el tema a la categoría del humanismo literario al expresarle en un puro y fluido latín, categoría que al pasar el tiempo sería más carga que ventaja.

La traducción de la *Historia Natural de Plinio*

Quizás la empresa intelectual más aventurada de Hernández antes de su viaje al Nuevo Orbe fue la traducción comentada de la *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo*.⁽⁹⁾ Obra clásica que expresara la avidez enciclopédica de la Roma imperial, había sido redescubierta y puesta a un nivel prototípico por lo estudiosos del Renacimiento, representando la cumbre en el conocimiento del mundo conocido y la clave para alcanzar el de los recién descubiertos.

Cabe preguntar ¿porqué se le ocurrió a Hernández, latinista y defensor del latín como idioma científico, tra-

ducir a Plinio del idioma del Lacio al castellano? Estaba en primer término el ejemplo que había dado Andrés Laguna¹⁴, médico de Carlos V, al traducir a Dioscórides, el otro gran clásico de la botánica medicinal, y lograr en 1555 una preciosa edición castellana, Plinio, por otra parte, ofrecía un panorama más amplio y más cercano a los ideales de Hernández. Era el paso del mundo de los fármacos a aquel de la “historia” de toda la naturaleza, al de un modelo más griego de esa tisis que entonces se desplegaba hacia tierras poco antes desconocidas en todos los rumbos del globo. Para Hernández, que en su vida se fue poco a poco parangonando con Plinio para llegar a ser el “Nuevo Plinio” que describiera a la naturaleza americana, era indispensable hacer accesible al “viejo” e ilustrarlo con sus comentarios que representaban avances a milenio y medio de distancia. Se le imponía no solo traducir a Plinio, sino comentarlo, y ésta es la tarea que emprende en los años anteriores a su salida de España y prosigue, corrigiendo y ampliando sus glosas, en su estadía en Nueva España.

Los manuscritos, nunca publicados antes de la moderna edición mexicana, contienen sólo los primeros veinticinco de los treinta y siete libros de la obra, aunque existen razones de peso suficiente para concluir, con base en afirmaciones incluidas en la correspondencia del autor, que había concluido la traducción íntegra. Lo que falta, es precisamente la parte de la obra correspondiente a las plantas medicinales y la zoología medicinal y, por lo tanto la que mas nos interesaría, pensando sobre todo en los comentarios de Hernández y en lo que contendrían, sobre todo lo derivado de su experiencia americana.

Si en alguna de sus obras se muestra plenamente el saber enciclopédico de Hernández, es en ésta, ya que la variedad de los temas abordados por Plinio le obliga tratar de los tópicos mas diversos, lo cual es hecho con sencillez y facilidad ejemplares.

La *Historia Natural de la Nueva España*

A la naturaleza del viejo mundo podía ahora oponerse la naturaleza del nuevo, y tal vez sea así como se gestó en la mente de Hernández el contraponer a la *Historia Natural de Plinio* una *Historia Natural* que pretendía ser americana, es decir, abarcar todo el Nuevo Mundo, pero a la que las vicisitudes que sufriera Hernández impusieron los límites de la Nueva España. Como vimos, Hernández efectuó en ella una magna tarea exploratoria. A pesar de los problemas administrativos que tuvo que vencer, de la falta crónica de recursos, de las varias enfer-

medades que entonces le afligieron, emprendió viajes durante los cuales recorrió el Altiplano Mexicano hasta sus límites septentrionales, llegó al Mar del Sur, caminó el territorio de Oaxaca y el de Michoacán y, en sus últimas correrías visitó las costas del Golfo hasta Pánuco en lo que fuera el antiguo territorio de los huastecos. El fruto de todas esas excursiones y la razón misma de ser de su viaje a la Nueva España son los dieciseis volúmenes que enviara el rey poco antes de su regreso, y los veintidos restantes que llevara consigo mismo a España. Obra dedicada a clasificar la naturaleza novohispana, médica solamente de manera tangencial, dado que se comentan de todo elemento descrito sus propiedades y virtudes medicinales, la colección es conocida como **Historia Naturalis Novae Hispaniae** y ha sido reconstruida después de múltiples vicisitudes. Como muchas grandes obras nunca fue publicada en vida de su autor y, considerada extremadamente voluminosa, fue dada por Felipe II a otro de sus médicos de cámara, el italiano Nardo Antonio Recco, a fin de que la estudiara y revisara. El resultado fue una versión resumida de la obra que, amén de no reconocer en lo más mínimo el esfuerzo sostenido de seis años de investigación y trabajo, revela en varios pasajes el profundo desconocimiento de Recco en lo tocante al Nuevo Mundo y sus problemas. Algunos ejemplares de la versión de Recco circularon en la corte española y su esfera directa de influencia, en tanto que los originales hernandinos fueron propiamente sepultados con todas las honras, en la biblioteca del Escorial; los dibujos, obra de hábiles **tlacuilo**s mexicanos, fueron separados del texto y colgados como adorno en los muros del sobrio monasterio. En el devastador incendio que hizo presa del Escorial en 1671, textos e ilustraciones perecieron en las llamas.

Entre tanto en Nueva España, un ejemplar de la versión resumida de Recco, en la que, por cierto, se daba crédito a Hernández del trabajo original, cayó en manos de Fray Francisco Ximénez, un monje que trabajaba con los enfermos del hospital de Oaxtepec y que tenía un amplio conocimiento acerca de las plantas medicinales y, en especial, de las que se cultivaban y empleaban en ese lugar en que Hernández estuviera gran parte del tiempo de su estancia en Nueva España. Traducido al español y complementado vastamente por Ximénez, el resumen de Recco pasa a la bibliografía novohispana al constituir el cuerpo de la obra de Ximénez, intitulada "**Cuatro libros de la Naturaleza y virtudes de las plantas y animales que estan recevidos en el uso de Medicina en la Nueva España**", que fuera publicada con éxito en México en

1615.²²

A mediados de siglo, en 1648, uno de los grupos dedicados a desarrollar la cultura y el estudio científico de la naturaleza, la romana Academia dei Lincei, logró realizar la publicación de la versión latina resumida en la misma lengua por Recco, ilustrada por una buena cantidad de grabados hechos exprofeso para esta edición. La intención misma de la obra es desvirtuada ya que desde el título **Rerum Medicarum // Novae Hispaniae // Thesaurus...**¹³ expresa que su interés se dirige a tratar de elementos medicinales, cosa que estaba bien lejos de la mente de Hernández, para quien esto era importante por supuesto, pero no esencial, ni muchos menos único. Conocida genéricamente como edición romana, esta presentación de los trabajos de Hernández, si bien mutilados e incompletos y desfigurados al serles aplicada una perspectiva limitante, que de ningún modo alcanzaba la amplitud de sus vuelos originales, permitió al menos su acceso a los medios académicos europeos en los que, aún con haber ya pasado tres cuartos de siglo del momento en que fueron escritos, causaron un impacto considerable. No haré sino mencionar que es merced a su influencia que el destacado botánico Ray hace modificaciones de importancia en sus esquemas de clasificación botánica.

Más de un siglo después, en 1770, tras la expulsión de los jesuitas de España y sus dominios y tomar la corona posesión de las que fueran propiedades de la orden, don Casimiro Gómez Ortega, bibliotecario del rey Carlos III, consuma en la biblioteca del Colegio Imperial de los jesuitas en Madrid el hallazgo más importante en relación con Hernández que se ha hecho hasta nuestros días: en los polvosos estantes de esa biblioteca estaban cinco gruesos cuadernos manuscritos, casi todos ellos escritos de puño y letra del autor, en los que se encontraban los **textos completos de los veinticuatro libros referentes a las plantas de la Nueva España**; desgraciadamente, ninguno de ellos contenía ilustraciones. Fruto tardío de este descubrimiento son los preciosos volúmenes de la edición matritense de Hernández, que viera la luz en 1790¹¹. El texto, en el alambicado latín de su autor, nos restituye la frescura y amplitud de miras propias del más puro humanismo renacentista, así como un buen número de digresiones autobiográficas preciosas para nuestro conocimiento de Hernández, de comentarios marginales de carácter geográfico y etnográfico, todo ello eliminado en el texto de Recco en su esfuerzo por hacer más pequeño y manuable el original hernandino que, definitivamente, no cabía dentro de los marcos de carácter utilitario que querían imponérsele. Primera y única edi-

ción del texto original de Hernández, faltan en la edición matritense todos los libros correspondientes a los animales y a los minerales.

Aún así, perdida parcialmente y fragmentariamente publicada, la obra de Hernández fue mal conocida por casi todos aquellos que después de él se ocuparon de la naturaleza de las tierras novohispanas y especialmente de sus plantas. Citaré a Juan de Barrios², fray Agustín de Vetancourt²¹, Eusebio Nieremberg²⁰ y Francisco Xavier Clavijero⁴, por no mencionar sino a unos cuantos, eslabonados a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Las citas hernandianas proliferan una vez más a fines del siglo XIX, cuando a partir de los trabajos del Instituto Médico Nacional se cobró extraordinariamente interés en el estudio científico de las propiedades medicinales de las plantas mexicanas. Otro intento del que no vio feliz término fue el emprendido por el Instituto de Biología de la Universidad Nacional Autónoma de México, para publicar la traducción al español de la Historia de las Plantas de Hernández. Publicada en 1946, sólo se llegó al fin del libro séptimo, es decir, aproximadamente a la tercera parte de la obra¹². Finalmente, el Comité fundado por la propia Universidad de México, a fin de publicar en español las obras completas de Hernández, logra sacar de las prensas, tras un grueso volumen acerca de la vida y obra de Hernández, la edición más completa posible de la Historia Natural en impecable traducción al castellano, basándose en los manuscritos y la edición matritense y empleando la edición romana para complementar en la medida de lo posible aquellas secciones perdidas¹⁰.

Compuesta por treinta libros, la obra se divide en tres grandes secciones destinadas a estudiar, como he venido señalando, las plantas, los animales y los minerales de la Nueva España. Veinticuatro libros tratan de las plantas, cinco sobre los animales y uno solo se refiere a los minerales. Dividiendo sus libros según las zonas estudiadas y ordenando dentro de ello su material de acuerdo con los grandes lineamientos de la biología aristotélica y, dentro de éstos y hasta donde fue posible, en orden alfabético, Hernández hace una descripción magistral y una exposición verdaderamente completa de cada uno de los más de dos mil ejemplares botánicos de que trata y de sus propiedades. En cada capítulo aparece una detallada descripción de los elementos morfológicos de plantas, animales, minerales, señalándose siempre cuales de ellos les eran característicos y cuales eran sus semejanzas y diferencias con especies europeas parecidas. Nunca falta una relación detallada de sus usos medicinales, alimenticios, de ornato..., ni datos precisos acerca de las regiones en que

puedan encontrarse.

No es de extrañar que, como buen naturalista Hernández haya siempre tratado de clasificar de la manera más precisa cada una de las especies que describió. Sin embargo, la manera de hacerlo —y tampoco debemos extrañarnos por ello— fue la de la antigua ciencia personificada por los discípulos de Aristóteles que escribieran sobre botánica, como Teofrasto por ejemplo, y los escritores que trataron posteriormente sobre botánica médica, especialmente Plinio y Dioscórides, así como el propio Galeno en sus obras sobre terapéutica. De tal manera, la clasificación de Hernández es establecida en el mismo sentido en que clasificaba Galeno, es decir buscando el temperamento frío o caliente, seco o húmedo de cada elemento para obtener así una clasificación binaria mediante la combinación de ambos pares de características, resultando entonces que dichos elementos podrían ser calientes y secos, calientes y húmedos, fríos y secos o fríos y húmedos. A esto, y tratando de particularizar más, se agregaba, al igual que hacían los autores antiguos, una subclasificación que contemplaba los grados, numerados del uno al cuatro, de cada uno de los términos del binomio, disponiéndose así de información en cuanto al tipo de acción que pudiera esperarse de acuerdo a las gradaciones del mismo elemento, ya que por supuesto cada par de características se refería a cada uno de los elementos del universo, agua, tierra, aire y fuego, y de tal conocimiento podría presuponerse cuál sería la acción del medicamento sobre los humores corporales correspondientes. Siendo la galeno-hipocrática la ciencia oficial reconocida por las más avanzadas universidades de la época, es absolutamente congruente el que Hernández se mantuviera dentro de sus lineamientos y trabajara de acuerdo con ellos.

¿Qué importancia tuvo entonces su Historia Natural, si nos está ofreciendo justa y precisamente la visión de Historia Natural que tenía el Viejo Mundo y, por consiguiente, la “vieja ciencia”? Creo que en esto precisamente radica. ¿Qué otro molde de pensamiento podía ofrecer si no era el que él consideraba como más válido? Por otra parte debe dejarse perfectamente sentado que ni a Felipe II, ni a Hernández, ni a ninguno de los científicos de su época importaban para nada los sistemas de pensamiento y de explicación del mundo de las culturas prehispánicas americanas. No era posible que Europa clasificara de acuerdo con ellas. Así pues tenemos que la acción de Hernández significa la apertura de la ciencia europea a la naturaleza americana. Ya no se contenta con describir, clasificar y reducir a moldes conocidos a toda esa natura-

leza novedosa. Busca siempre parecidos, busca especies afines, busca acciones similares que le permitan tender puentes. El resultado es un nuevo mundo puesto en orden, pero, insisto, en el viejo orden. Esto es contestable. Ni Hernández ni el Renacimiento crearon una nueva biología, ni siquiera una nueva forma de acercarse y ver a la naturaleza. pero es innegable que al considerar la igualdad de la naturaleza americana en relación con el continente euroasiático africano y manejar un sistema único de clasificación estaban manteniendo así mismo la unidad del conocimiento y de la ciencia y colocando cimientos para modificaciones conceptuales y de perspectiva que habrían de venir en los dos siglos subsecuentes.

Viendo el asunto desde el punto de vista de su utilidad inmediata surgen algunos hechos interesantes. Los trabajos de Hernández proporcionaron a los médicos europeos, al menos en teoría, la posibilidad de emplear fármacos procedentes del Nuevo Mundo en sus tratamientos enfocados dentro del sistema galeno-hipocrático, así como la de aplicar medicamentos europeos a las enfermedades y enfermos americanos. Puntal de la aculturación náhua-hipocrática, la obra de Hernández vuelca la balanza hacia el lado de Europa, pero lo hace poniendo en un solo platillo al mundo entero; para su saber sólo existe un conocimiento verdadero, y éste es el que enseñara Galeno.

El tratado sobre el Cocoliztle

Escrito en enero de 1577, el pequeño tratado **De morbo Novae Hispaniae Anni 1576/vocato ab indis cocoliztli**⁷ constituye otra aportación interesantísima de Hernández a la literatura médica mexicana. Desde otro punto de vista, es un documento precioso para la literatura neolatina de Nueva España.

Muy breve, sólo un folio, versa acerca de la epidemia de la enfermedad denominada entonces **cocoliztle**, genérico náhuatl que significa enfermedad y que en el contexto de la epidemia de 1576 fuera la enfermedad por antonomasia, agregándosele en otros textos un prefijo, huey, de modo que **hueycocoliztle significara la gran enfermedad**. Esta epidemia afectó intensamente a toda la Nueva España y muy especialmente a la población del Valle de México a partir de agosto de 1576, presentando brotes durante los cinco años subsecuentes. Causó una inmensa mortandad, especialmente entre los indígenas, llegando algunos autores a decir que perecieron el ochenta por ciento de los que habitaban la Ciudad de México. Inter-

pretada de diferentes maneras, han sido aducidos el tifo, la fiebre amarilla, la hepatitis epidémica entre sus posibles entidades, aunque la historiadora Elisa Malvido y yo hemos planteado la hipótesis de que se tratara de peste bubónica.

En su breve folio, Hernández describe sustancialmente el cuadro clínico de la enfermedad así como su curso, muy frecuentemente fatal, haciendo hincapié en aquellas modalidades clínicas que podían anunciar y luego conducir a la curación. La descripción es clara y precisa y en ella hace el autor gala de un conocimiento real y profundo de lo que en su tiempo se entendía por clínica en el más amplio sentido del neohipocratismo renacentista y de su gran sensibilidad para percibir los más finos detalles acerca de las manifestaciones de la enfermedad y de los hechos y fenómenos tanto naturales como sociales que rodearon su aparición y curso. Estas características se hacen más evidentes si comparamos las líneas de Hernández con el texto paralelo, más extenso, que ofrece Alonso López de Hinojosa, cirujano romancista y autor del primer libro de cirugía escrito y publicado en América¹⁸, al que, aún destacándose la frescura del testimonio directo y presencial, faltan la erudición, la seguridad académica y la precisión de los elegantes comentarios de Hernández.

La investigación de la naturaleza del padecimiento lleva a Hernández a requerir la ayuda del mismo Alonso López para llevar a cabo "anatomías", es decir, autopsias, de los cadáveres de algunas de las víctimas de la plaga. Este tipo de práctica diagnóstica lleva implícita una actitud médica que tiende a buscar una representación espacial de la enfermedad bajo la forma de alteración de las estructuras anatómicas, la cual ha tomado realmente cuerpo sólo después de las experiencias de Morgagni, a mediados del siglo XVIII, tras las cuales se pudo hablar precisamente de eso, de la alteración anatómica, denotando el sitio y la causa de la enfermedad. Las "anatomías" tal y como las practicara Hernández tenían el mismo sentido diagnóstico, pero otra orientación causal. Traída al terreno médico como novedad por Antonio Benivieni en los primeros años del siglo XVI, había sido empleada con antelación para tratar de detectar envenenamientos, en tanto que ahora buscaba encontrar las alteraciones anatómicas producidas por acumulación o circulación deficiente de los humores. Los hallazgos que encontró fueron básicamente crecimiento hepático, obstrucción de las vías biliares y formación de abscesos en el interior del hígado. Lógicamente, fueron interpretados en un sentido absolutamente galénico como resultantes de la plétora humoral y de la imposibilidad para que

dichos humores fueran evacuados.

La prueba infructuosa de toda terapéutica de las empleadas en Europa durante las grandes epidemias, lleva a Hernández a recomendar un medicamento indígena, el coanenepilli (*Passiflora jorullensis*), y, al fracasar también éste, a prescribir un medicamento tan complejo como la atriaca, la misma que fuera objeto del poema de Nicandro que él tradujese al latín en su juventud, creyéndola capaz de resolver favorablemente cualquier caso de envenenamiento, dando a esta palabra el sentido de cambio cualitativo de las sustancias corporales.

De evidente interés local, los conceptos que conforman **el tratado sobre el cocoliztle ilustran bien la universalidad** de las líneas más progresistas del pensamiento médico español del renacimiento, al evidenciar cómo el método hipocrático de observación clínica y la crítica racional y analítica de los datos obtenidos podía conducir a buen término el manejo de un problema que, obviamente, era totalmente desconocido para el propio Hipócrates.

Estilísticamente, el **De Morbo Novae Hispaniae...** tiene como principal mérito la precisión y claridad de la exposición y el mantenimiento de una secuencia ideológica perfectamente definida. Utiliza como medio de expresión un latín que, si no aspira a llenar los requerimientos de una obra literaria, está a la altura de cualquiera de las grandes obras médicas producidas durante el Renacimiento.

Los tratados breves y las obras perdidas.

Mencionaré tan sólo los pequeños tratados sobre el pez romérico y el tiburón¹⁵, su Descripción de Asia¹⁵, y su Doctrina Cristiana¹⁴, escrita entre 1573 y 1574, es decir, también durante su estancia en Nueva España a instancias de Dn. Pedro Moya de Contreras y dirigida a los latinistas novohispanos a fin de disipar sus dudas en relación con la posibilidad de discernir cual es la doctrina ortodoxa.

Todos ellos, de gran interés para poder alcanzar una idea integral de la obra de Hernández, a la vez que, acabadas monografías, ofrecen datos preciosos tanto para el curioso como para el investigador.

Quedan en la talega un grupo de libros de los que, al igual que sus primeras obras, sólo nos resta el recuerdo de los títulos consignados en relaciones y cartas de la época. Algunas de ellas no fueron vistos nunca por nadie más. Sin embargo creo que vale la pena revisar al menos

algunos de los títulos a fin de ubicar a la obra hernandina en su adecuada posición.

Las flores de las Islas Canarias, de Haití y Cuba, hechas con material recogido durante el viaje de venida a México, van en el mismo sentido que la Historia de las Plantas de Nuevo España. Pero los tratados sobre las plantas europeas que crecen en el Nuevo Mundo marcan un hito más en su carrera de naturalista al concebir el problema de la unidad de la naturaleza y el de sus diferencias locales; se puede inferir de lo que dice en varias partes de la Historia Natural que una preocupación muy suya fue la de constatar si las cualidades de los fármacos se mantenían semejantes al ser cultivadas las plantas de las que procedían en otras latitudes. Esta obra cobraría hoy en día su plena vigencia y llenaría una laguna de gran importancia que permitiría comprender mejor los cambios ecológicos suscitados en el siglo XVI y sus consecuencias históricas.

Buscando Hernández reconocer las diferencias entre las dos partes del mundo y siendo un hombre sensible no es de extrañar que entre sus obras perdidas se cuente una sobre las enfermedades existentes en la Nueva España y las propias del lugar.

Multifacética y siempre rica en sus contenidos, la obra de Hernández es una monumental primicia de la ciencia novohispana, identidad indudable expresada en las mil modificaciones y temas nuevos que inundan sus páginas y moldean y renuevan los moldes de la ciencia que aprendiera. Fruto de la contrastación de dos mundos, es una profesión de fe en los métodos de su ciencia, y de inquietud y asombro intelectuales frente a la inmensidad del mundo que abre ante el explorador vastos e inusitados campos de conocimiento.



Referencias

1. Alva Ixtlilxóchitl, Fernando, Historia Tolteca-Chichimeca en obras históricas. México, UNAM, 2: 1977.
2. Barrios, Juan de Verdadera Medicina, Cirugía y Astrología, México, Fernando Balli, 1607.
3. Battillon, Marcel, Erasmo y España. México, Fondo de Cultura Económica. 1966.
4. Clavijero, Francisco Javier. Historia Antigua de México. México, Porrúa. 1964.
5. Frost, Elsa Cecilia. Los intereses filosóficos de Francisco Hernández. en obras completas de Francisco Hernández. VI: 201-216.
6. Hernández, Francisco. Antigüedades y Conquista de la Nueva España en obras completas de México. UNAM, VI: 47-200, 1959-1985.
7. Hernández Francisco. De morbo Novae Hispaniae Armi 1576/ vocato ab indis cocoliztli en obras completas de... VI: 481-484.
8. Hernández Francisco. Compendios de Filosofía Aristotélica en obras completas de... VI: 219-394.
9. Hernández Francisco. Historia Natural de Cayo Plinio Segundo. Traducción y comentarios de... en obras completas. IV y V.
10. Hernández, Francisco. Historia Natural de la Nueva España, en obras completas. II-III.
11. Hernández Francisco. Historia de Plantarum Novae Hispaniae, Madrid, Ibara Heredum, 3: 1790.
12. Hernández, Francisco, Historia de las plantas de la Nueva España, México UNAM. Instituto de Biología 3: 1946.
13. Hernández, Francisco. Rerum medicarum Novae Hispaniae The-saurus. Roma Academia dei Lincei: 1648.
14. Hernández, Francisco. Método Cristiano en Obras Completas de... VI: 427-474.
15. Hernández, Francisco. Tratados del pez romérico y del pez tiburón en obras completas; Geografía del Asia, Ibid, VI: 491-492.
16. Laguna, Andres. Pedazio Dioscórides Anazarbeo, acerca de la materia medicinal. Amberes. 1555.
17. López de Gómara, Francisco. Historia de la Conquista de la Nueva España. Zaragoza, 1552.
18. López de Hinojosa, Alonso. Summa y recopilación de Chirurgia México. Antonio Ricarco. 1578.
19. Motolinia, Fray Toribio de. Memoriales. México, UNAM. 1971.
20. Nieremberg, Eusebio. Maximae peregrinae.
21. Vetancourt, Agustín de Teatro Mexicano, México, María de Bena-vides, 1698.
22. Ximénez, Fray Francisco. Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que estan recibidos en el uso de Medicina en la Nueva España. México. 1615.